do prisioneros á las mujeres y á los niños. Conocida la perfidia por los Mejicanos, los atacaron con tal furia, que casi todos los malvados pagaron con su vida su traicion.

Victoria de los Mejicanos.

Por espacio de veinte dias, sin cesar habian estado haciendo los sitiadores entradas á la ciudad, y aburridos ya algunos capitanes y soldados de Cortés, de tanta fatiga infructuosa, le rogaron que se desidiera de una vez á dar un ataque formal y decisivo. Cortés, que comprendia cuan arriesgada y peligrosa era la empresa, se resistia, pero al fin tuvo que ceder á las sujestiones que se le habian hecho, por haberse generalizado mucho esta opinion entre sus compañeros. Ordenó á Sandoval que con ciento veinte hombres Españoles y quince caballos, se uniese con Alvarado; que embarcase su caballería, y levantase el campo, finjiendo retirarse y abandonar el asedio de la ciudad, á fin de que empeñados los Mejicanos en seguirlo, pudiera atacarlos con la caballería, por retaguardia, que con seis bergantines procurase tomar el foso en que fué vencido Alvarado, haciéndolo llenar y apizonar, que no avanzase sin dejarse listo el camino de una retirada en caso preciso, y

que hiciese todo esfuerzo para entrar á la plaza del mercado.

El dia señalado para el ataque, marchó Cortés con veinticinco caballos, toda la infantería y mas de cien mil aliados. Flanqueaban su ejército por uno y otro lado, los bergantines y mas de tres mil barcas auxiliares. Entró sin oposicion al pueblo, y dividió su ejército en tres trozos, para que por otros tantos caminos llegasen á la vez á la plaza del mercado. Dió el mando de la primera division á Julian de Alderete, que era el que con mas empeño habia importunado á Cortés con el violento ataque, y le ordenó encaminarse por la calle principal y mas ancha. Las otras calles que conducian del camino de Tlacopan, á la plaza del mercado, la ménos estrecha, se señaló á los capitanes Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado, hermano de Pedro, y de la mas estrecha y difícil, se encargó el mismo Cortés. Entraron todos á un tiempo. Los Mejicanos hicieron al principió alguna resistencia, pero aparentando despues retirarse acobardados, abandonaron los fosos á los Españoles, con el propósito de que éstos, atraidos por la esperanza de la victoria, se aventurasen á avanzar.

Algunos Españoles llegaron á las calles mas inmediatas á la plaza, dejando incautamente abiertos los fosos, y cuando con mas porfía procuraban entrar á la plaza, oyeron el formidable sonido de una corneta del Dios Pasinalton, que solo se tocaba por los sacerdotes en casos de urgencia pública, para exitar al pueblo á tomar las armas.

Acudieron al llamado, numerosas tropas Mejicanas, y atacaron con tal brío y fiereza á sus contrarios, que los desordenaron y obligaron á volver atraz hasta el foso, que

parecia fácil de pasar, por estar lleno de ramazon y otros objetos de poco peso; pero al poner el pié en aquella engañosa superficie, se hundieron todos los que lo intentaron, agravándose el mal con el tropel que se agolpaba. Este fué el mayor conflicto para los fugitivos, pues ó morian en manos de los Mejicanos ó quedaban en su poder.

Cortés, que con toda diligencia habia acudido al peligro, cuando vió llegar las tropas aterradas, procuró detenerlas y exhortarlas para que no aumentasen con el desórden los extragos que les hacia el enemigo; pero todo esto fué inútil. Algunos salieron desarmados, otros heridos y otros casi ahogados. Procuró ordenarlos y llevarlos al campo, pero apenas empezó la marcha, cuando se halló en un foso estrecho, rodeado de enemigos. Apesar del extraordinario brío con que se defendió, cayó en poder de los Mejicanos, que en vez de darle muerte, como pudieron hacerlo fácilmente, sino se hubieran empeñado en cogerlo vivo, para honrar con tan ilustre víctima á sus Dioses. Ya lo conducian al sacrificio, cuando noticiosa su gente de aquel suceso, acudió con presteza á libertarlo. Debió Cortés la vida y la libertad, á un soldado de su guardia, llamado Cristóbal Olea, hombre de gran valor y de singular destreza en las armas, el cual ya lo habia salvado otra vez de la muerte, y en esta ocasion á costa de su propia vida. Contribuyeron tambien á su salvacion, el príncipe Ijtlijochitl y un valiente Tlaxcales, llamado Tecamatzin.

Llegaron los Españoles despues de su derrota, con no pocas dificultades á Tlacopan, donde Cortés ordenó sus fuerzas, quedando á retaguardia con la caballería, donde parecia que debian sucumbir, segun el arrojo y tenaz per-

secucion que les hacian los Mejicanos. Las que habian entrado por los otros caminos, tambien habian tenido que sostener reñidísimos combates, pero habiendo tenido la precaucion de llenar los fosos, la retirada les fué mas fácil, reuniéndose con Cortés en Tonochtitlan.

Desde allí vieron elevarse del Templo Mayor, el humo del copal que los Mejicanos quemaban á sus Dioses, en accion de gracias por la victoria. Creció su pena cuando los enemigos les arrojaron las cabezas de algunos Españoles, y cuando oyeron decir que habian perecido Alvarado y Sandoval. De la plaza se encaminaron por el camino de Iztapalapan, á su campamento, hostigados sin cesar por sus enemigos.

Alvarado y Sandoval habian procurado entrar á la plaza, por un camino que iba desde el de Tlacopan á Tlatelolco, y avanzaron con felicidad sus operaciones, hasta un sitio cercano á la plaza, pero habiendo visto los sacrificios de algunos Españoles, y oído decir á los Mejicanos que Cortés y sus capitanes habian perecido, se retiraron con gran dificultad, habiéndose reunido á los que los atacaban, los que habian derrotado á Cortés.

En esta accion, Cortés salió herido. Los Mejicanos celebraron por espacio de ocho dias la victoria obtenida, con iluminaciones y música en los templos. Escavaron de nuevo los fosos, levantaron las trincheras y volvieron á poner la ciudad en estado de defenza, como lo estaba ántes.

Cortés permaneció durante algun tiempo, con su ejército á la defensiva, mas siempre cuidando de que no introdujesen víveres á la ciudad, y á este fin ordenó que los bergantines costearan el lago de dos en dos. Los Mejicanos,

persuadidos de la superioridad de los buques y armas de sus enemigos, y para balancear estas ventajas, fabricaron treinta barcas grandes, llamadas por los Españoles *piraguas*, bien provistas de todo lo necesario, y cubiertas con gruesos tablados, para poder combatir con ellas sin riesgo de irse á pique. Determinaron hacer con los piraguas una emboscada á los bergantines entre los cañaverales que existian en los puertos flotantes, clavando en dichos sitios estacas cubiertas por el agua, para que chocando con ellas los bergantines contrarios, se hicieran pedazos, ó por lo ménos no pudieran marchar. Dispuesto esto así, hicieron salir de los canales tres ó cuatro barcas pequeñas, para provocar á los bergantines y atraerlos por medio de una disimulada fuga á la emboscada. Los Españoles al ver las barcas, dirijieron sus bergantines hácia ellas, chocando con las estacas y siendo atacados al mismo tiempo por las treinta barcas grandes. Hubieran sucumbido allí y perdido sus buques, si en lo mas empeñado de la accion, algunos diestros nadadores no hubieran arrancado dichas estacas, que quitando todo estorbo, hicieron que obrase la artillería, poniendo en fuga á los contrarios. Cortés, á este ejemplo, puso otras emboscadas con sus bergantines que atacando de improviso á las barcas enemigas, y sirviéndose de la artillería, echaron á pique varias de ellas, é hicieron pedazos otras. La mayor parte de los Mejicanos perecieron, muchos fueron hechos prisioneros y entre ellos algunos nobles, de quienes se valió Cortés para proponer un convenio con la Corte de Méjico.

En efecto, envió á aquellos personajes en comision cerca del rey para que le hiciesen presente los estragos que la guerra y el hambre verificarian en sus súbditos; que si admitia la paz, cesarian las operaciones del asedio, quedando el rey en el poder y los Mejicanos libres, y dueños de sus bienes, con la sola condicion de que tributasen homenaje al rey de España. El rey Mejicano consultó con los primeros personajes de su Corte y con sus ministros, respecto de las proposiciones que se le hacian. Unos opinaron por la paz, y otros por la guerra, y por último los sacerdotes cuya autoridad era tan respetable en los asuntos graves, se decidieron en contra de la paz alegando la voluntad de sus dioses. Prevaleció este dictamen y contestaron al general Español que estaban resueltos á defenderse hasta el último aliento.

A pocos dias de la derrota de los Españoles, llegaron al campo de Cortés algunos enviados de Quauhnahuac, quejándose de los Malinalqueses, que parecia querian confederarse con los Cohuizques, para destruir á Quauhnahuac, por haberse aliado con los Españoles. Aunque Cortés se encontraba mas bien en situacion de pedir auxilio, que de darlo, mandó al capitan Andrés de Tapia, con un ejército compuesto de Españoles y aliados, para que protejiese á los Quauhnahuaqueses.

Tapia ejecutó fielmente las órdenes, y en un pueblecillo situado entre Quauhnahuac y Malinalco, trabó una batalla con los enemigos, los derrotó y persiguió hasta el monte, en donde estaba situada esta segunda ciudad. Habiendo espirado el término de diez dias que el general le habia señalado, volvió á reunirse con el grueso del ejército.

Dos dias despues llegaron otros enviados de los Otomites, del Valle de Tolocan, pidiendo auxilio contra los Matlatzinques, que además de los males que les hacian, esta-

ban de acuerdo con los Mejicanos para atacar el ejército de Cortés, quien en las diferentes entradas que habia hecho á Méjico, le habian amenazado con el poder de esa Nacion, por lo que comprendiendo el riesgo que corria, mandó á su predilecto capitan Sandoval, que marchase con un ejército al Valle de Tolocan. En el camino vieron los extragos hechos por los Matlatzinques, quienes al ver á los Españoles, pasaron un rio que atraviesa el Valle, aguardándolos de pié firme en la orilla. Sandoval vadeó con su ejército el rio, atacó á los contrarios y los puso en fuga, persiguiéndolos hasta una ciudad donde se refugiaron; sitió la ciudad, forzó á los enemigos á dejarla, y á guarecerse en una fortaleza construida en la cima de una escabrosa elevacion. Entró el ejército victorioso á la ciudad, saqueándola y pegando fuego á los edificios; como la tropa estaba muy fatigada, la hizo descanzar allí en la noche. Al dia siguiente emprendia el asalto de la fortaleza, cuando observó que estaba abandonada. Regresó por algunos pueblos que ántes eran enemigos, pero que amedrentados no le hicieron hostilidad alguna; indujo á los Matlatzinques á ser amigos de los Españoles; y en efecto, á los pocos dias de la vuelta de Sandoval, llegaron cerca de Cortés muchos señores Matlatzinques, Malinalqueses y Cohuijques, á excusarse por las hostilidades, y á establecer confederacion con los Españoles.

Los Españoles no tenian ya enemigos que temer, los Mejicanos por el contrario, abandonados por sus confederados y por sus súbditos, estaban rodeados de enemigos y afligidos por el hambre; tenian contra sí á los Españoles, al reino de Acolhuacan, á las Repúblicas de Tlaxcala, de

Huejotzinco, de Cholula á todas las ciudades del Valle de Méjico, á las numerosas naciones de Totonaques, Mijteques, Otomites, Tlahuiques, Cohuijques, Matlatzinques y otras; de manera que ademas de los enemigos extrangeros, la mitad del imperio conspiraba por su ruina, y la otra mitad la miraba con indiferencia.

Mientras Sandoval fué á auxiliar á los Matlatzinques, el Tlaxcales Chichimecatl salió del campamento de Alvarado, con solo Tlaxcaleses, é hizo una entrada á Méjico, pasó muchos fosos, dejando en el mas importante y arriesgado, una guarnicion de flecheros que le asegurasen la retirada, entró con el grueso de sus tropas á la capital, y trabó un terrible combate con los Mejicanos; estos creyeron que en el paso del foso lo alcanzarian y derrotarian, pero Chichimecatl, con el apoyo de los flecheros, los burló, y volvió lleno de gloria á su campo.

Los Mejicanos para vengarse, atacaron una noche el campo de Alvarado, en aquella noche ambas huestes pelearon con valor, pero sin ventajas notables de una y otra parte. En este tiempo llegó un buque á Veracruz, con armas y municiones que sirvieron á Cortés para continuar el sitio. El príncipe Iijtlijochitl, aconsejó á Cortés no emprendiese nuevos ataques que serian funestos á su ejército, que se concretase á impedir la entrada de víveres á la ciudad. El general Español recibió con verdadera satisfaccion este consejo; viendo que llevaba cuarenta y cinco dias de asedio, y que cuanto mas convidaba á los Mejicanos á la paz, tanto mas se obstinaban éstos en la guerra, determinó Cortés no dar un paso en la ciudad, sin destruir los edificios de uno y otro lado, tanto para evitar el daño